muerte de Mme. de Pauw.—La declaracion del jurado niega las circunstancias atenuantes.

La corte condena á de la Pommerais á la pena de muerte. El reo, al retirarse, dice con voz balbuciente é insegura: "Juro que soy inocente."

EJECUCION DE COUTY DE LA POMMERAIS.

Hoy á las seis de la mañana ha subido al patíbulo en la plaza del *rond point* de la Roquette, Désiré Edmundo Couty de la Pommerais, de treinta y cuatro años de edad, doctor en medicina, nacido en Neuville-sur-Bois (Loiret), condenado por la corte de *assises* del Sena, y por crímen de envenenamiento, el 17 de Mayo último, á la pena de muerte.

Hemos referido con todos sus pormenores los debates del proceso de envenenamiento que ocupó ocho audiencias de la corte de *assises*, acabando con la sentencia á muerte de de la Pommerais; y como los detalles de ese proceso están asaz grabados en la memoria de todos, no nos ocuparemos de ellos, limitándonos á dar á conocer algunas circunstancias sobre lo que pasó con el reo desde que entró en la prision de la Roquette, que fué el 18 de Mayo, despues de haber firmado su apelacion.

Cuando de la Pommerais ha entrado en esa prision lo pusieron en una de las celdas que nombran de los condenados á muerte, con la camisa de los ajusticiados, y lo sometieron á la vigilancia incesante de dos guardas que permanecian encerrados con él en la celda. Contrariábale tanto el llevar la camisa de los ajusticiados, que conservó todo el tiempo que estuvo en el depósito de los condenados una especie de rencor al sargento que habia tenido el encargo de hacérsela poner, negándose á hablarle, volviéndose cuando le veia y dándole el apodo de *gran inquisidor*. Por lo demas, se mostraba poco comunicativo, rara vez hablaba con sus guardas, interrumpia la conversacion apénas

oia alguna alusion á los hechos de su condena. No parecia tener esperanza alguna en su apelacion, que no habia firmado, decia, mas que por ceder á las instancias de su defensor, y tambien solia añadir que le pesaba no haberse resistido, porque así hubiera visto concluir mas pronto la situacion en que se veia.

Al principio, se habia quejado varias veces del régimen alimenticio de la prision, pidiendo que le sirvieran pollo y otros manjares delicados, con vino añejo, y ofreciendo pagar la diferencia; mas como le contestaron que, segun el reglamento, tenia que someterse al régimen alimenticio de los otros reos de su categoría, se conformó y se acostumbró de tal modo, que desde entónces le vieron comer siempre con muy buen apetito.

Desde su entrada en la Roquette, habia consentido en recibir al señor abate Croz, limosnero, quien tenia con él largas conversaciones en las frecuentes visitas que le hacia, visitas que, segun parece, agradaban al reo, puesto que mas bien queria prolongarlas que abreviarlas.

Cuentan en palacio que cuando estaba de la Pommerais en el depósito de los sentenciados de la Roquette, le envió un literato de Hungría una carta de cuatro páginas, en frances, en la que, despues de atestiguarle la pena que le causaba su condena, le pedia que le enviase el manuscrito ó una copia del drama que habia escrito en la prision de Mazas, del que se habló en los debates de la corte de *assises*, asegurándole que lo haria representar sin tardanza en uno de los principales teatros de Hungría, donde estaba seguro de que obtendria grande y legítimo éxito, etc., etc. Esta carta la abrieron sin duda, como lo previene el reglamento, en la alcaldía de la prision, y no sabemos si se la entregaron al reo, quien, por otra parte, no tenia ya el drama en su poder, pues la justicia lo habia puesto con las otras piezas del proceso.

Dijimos que el reo tenia frecuentes pláticas con el capellan; no ménos frecuentes y con igual gusto las tenia con el médico de la prision, el doctor Dellau, con quien estaba en la mejor armonía, ménos cuando éste hacia alguna alusion á los hechos de su condena. Con el abate discutia ciertos puntos religiosos, sin acrimonía como un hombre que busca razones plausibles para abandonar una opinion que no cree bien fundada, y con el segundo hablaba regularmente de ciencias, en particular de las que tenian relacion con la medicina.

Ultimamente habia perdido de la Pommerais algo de su energía,

pues si bien parecia siempre resignado, su calma no era ya la misma' su sueño era ménos profundo, agitado algunas veces, y por la mañana parecia un poco abatido, y espresaba con frecuencia el deseo de ver pronto fin á su situacion, último voto que no debia tardar en realizarse.

Ayer, como á las cinco de la tarde, llegó á la habitacion del procurador general, cerca de la corte imperial, un enviado de la estafeta de la cancillería con las piezas del proceso y la adicion característica de "que la justicia debia seguir su curso regular." Diéronse en el acto las órdenes consiguientes, y en aquella noche levantaron el cadalso á la luz de las antorchas en la plaza del *rond point* de la Roquette, frente á la puerta principal del depósito de los condenados.

Desde el lúnes último, iba todas las mañanas á esa plaza, y se estacionaba en ella, gran número de curiosos, con la esperanza de asistir al triste espectáculo de una ejecucion capital, y no se retiraban sino con la firme intencion de volver al dia siguiente; así es que no sorprendió la noche anterior, miéntras levantaban el patíbulo, ver llegar sucesivamente por todos lados una multitud que se aumentaba constantemente, y que ya á las cuatro de la mañana era inmensa. Desde este momento, fué creciendo tan considerablemente esa multitud, que una hora despues la calle de la Roquette y sus avenidas, desde el boulevard del príncipe Eujenio hasta el que incluye el cementerio del Padre Lachaise, estaban ocupados por mas de 10,000 curiosos, que se tropezaban, se empujaban inútilmente para acercarse mas. Derribados y lanzando agudos gritos que de pronto causaban una especie de pánico, pero que no dieron lugar á ningun accidente serio, caian las mujeres y los niños. Era tal ese oleaje, que empujó el frente de las columnas por todos lados hasta el pié del patíbulo que rodeaba, no logrando sin gran trabajo los agentes de la autoridad, ayudados por la caballería de la guardia de Paris, hacerlo retroceder hasta el estremo de la plaza del *rond point*, de cuyo límite no debia pasar el público.

A las cinco y media, el director del depósito de los condenados, el gefe del servicio de seguridad, un comisionado de la corte imperial y el capellan, entraron en la celda del reo, y como le hallasen dormido, le despertaron y le notificaron que no habia habido lugar á su apelacion.

Sin proferir una palabra, sentóse en la cama con viveza el sentenciado, hácia quien se arrojó el capellan y le abrazó, apartándose luego un poco. Entónces aquel echó á un lado la ropa de cama que le cubria y saltó fuera del lecho. El gefe de servicio le preguntó si tenia

algo que confesar ó que revelarle; á lo que respondió que no, con frialdad, pero sin acritud. Quitáronle la camisa de los ajusticiados y lo vistieron, y esto hecho, se retiró con el capellan á un rincon de la celda, donde tuvieron una corta conferencia, en la que se mostró el paciente tranquilo y resignado. Luego le llevaron á otra pieza para hacerle la *toilette* de los ajusticiados; mas aunque para ir á esa pieza tuvo que andar dos largos corredores y subir y bajar varias incómodas escaleras, lo verificó sin ayuda de nadie, con paso firme y bastante acelerado y en silencio. Llegado que hubo, le pusieron á la disposicion del verdugo, quien procedió en el acto á la toilette.

No abandonaron al reo durante esta operacion la calma y la especie de dignidad que mostrara desde que despertó, ni se vió la menor alteracion en su fisonomía; ni dejó de oir atentamente las exhortaciones del capellan. Solo en el momento en que uno de los ayudantes le ataba las manos por detras, volvió con cierto ímpetu la cabeza como para indicar que la presion era demasiado fuerte; esto fué al ménos lo que se comprendió, y le aflojaron el lazo. Cuando acabó el capellan sus exhortaciones, volvió á hablarle de su mujer y le preguntó si queria dejarle un último recuerdo, á lo que hizo una señal afirmativa, y pidió que le cortaran de la parte superior de la cabeza un mechon de cabellos que besó é hizo que lo envolvieran en un pliego, suplicando al sacerdote que lo remitiera á su destino.

En aquel momento supremo, volvióle á preguntar el gefe del servicio, si tenia algo que confesar ó que declararle, y nuevamente le respondió que no.

A las seis ménos algunos minutos, listo ya el cadalso, dirigieron hácia el lugar de la ejecucion á de la Pommerais, quien llevaba á la izquierda al capellan é iba sostenido por la derecha por uno de los ayudantes. Así atravesó el patio con paso bastante firme, sin turbarse al ver el patíbulo, al llegar á cuyo pié abrazó al capellan, quien se retiró en seguida. Luego subió el paciente la escalera con resignacion, sin jactancia, sin hablar palabra, sostenido por los ayudantes, y cuando llegó la plataforma se puso inmediatamente en la báscula. Un segundo despues todo habia terminado.

La inmensa multitud estacionada en los alrededores, de la que una mínima parte pudo ver la ejecucion, se dispersó en todas direcciones, sin que, como lo hemos dicho, haya habido que deplorar ningun accidente grave.

Llevaron el cuerpo del ajusticiado al cementerio de los hospicios, para despues entregarlo á su familia, que lo ha reclamado.—*Legrand*.

Hé aquí cómo describe el *Pays* el aspecto del reo en sus últimos momentos.

"Tenia de la Pommerais los brazos y las piernas atados; pero sin embargo, podia andar; llevaba pantalon negro y botas charoladas y constantemente los ojos bajos. Aquel hombre que hacia poco tenia una poblada cabellera, no mostraba mas que un cráneo desnudo, denunciando una calvicie prematura, y su barba regularmente muy aliñada estaba inculta y daba á su fisonomía una espresion estraña que repugnaba á la vista y lo hacia inconocible.

"Cuando llegó al pié del cadalso, besó dos veces al abate Croz, diciéndole: *Estos besos son para Clotilde* (nombre de Mme. de la Pommerais), y en aquel momento se vieron caer lágrimas de sus ojos. Quitáronle el paletó, y sostenido por los dos verdugos subió los diez escalones del cadalso, notándose entónces que las fuerzas le abandonaban, porque le flaqueaban las piernas.

"Al llegar á la plataforma, púsose repentinamente pálido y se le inclinó la cabeza; pero no dió un grito, ni hizo un ademan que revelara la violenta emocion que acababa de quitarle la energía. Colocáronlo en la báscula, acomodáronle la cabeza, ¡y un segundo despues caia la cuchilla!....

"Los mas próximos al patíbulo hicieron un movimiento de horror al ver un chorro de sangre que fué á bañar la cara de uno de los ayudantes del verdugo.

"Echaron los restos del ajusticiado en un cesto, y en una carreta los llevaron á Montparnasse.

"Al contrario de lo que regularmente se practica, el abate Croz y otra persona acompañaron en coche el cuerpo hasta el cementerio de Montrouge, pues, segun dicen, la familia habia conseguido permiso, para que hicieran un servicio de difuntos y rezaran.

"La multitud se retiró en silencio, y los gendarmes del Sena y los guardias municipales rodearon el cadalso para alejar á los indiscretos que se acercaban demasiado."

En la narracion del *Droit*, hallamos los siguientes pasajes:

"Despues de la fatal *toilette*, se acercó el capellan al reo y le leyó en voz baja un pasaje de una carta de su mujer, que espresaba el deseo de tener un mechon de sus cabellos. De la Pommerais hizo una señal de asentimiento y bajó la cabeza, y entónces el ejecutor cortó

de ella un mechon y se lo entregó al capellan. El paciente pidió besarlo, y así lo hizo.

"Oyó silenciosamente la lectura del resto de la carta de su mujer, quien le invitaba á aceptar los consuelos de la religion y reconciliarse con Dios. El capellan añadió algunas palabras en voz baja, y se oyó responder al reo: ¡No! no! eso es bueno para niños....

"La muchedumbre era tal, que costó gran trabajo á las autoridades llegar hasta la prision. Entre aquel gentío que se estrechaba y se ahogaba, habia muchos pilluelos y no pocas mujeres de mala vida con escandaloso atavío. Ese gentío era bullicioso y agitado, y como las gradas puestas delante de la prision ocultaban en parte el patíbulo, se vengaba dirigiendo á los especuladores dicterios é invectivas.

"No faltaron algunos accidentes, aunque sin consecuencias graves. Oianse los gritos de: "¡Me ahogo! ¡que me matan!" Aprovechándose de unos andamios que habia cerca del establecimiento de un marmolista, muchos se subieron al techo de éste, que se hundió, pero felizmente no hubo ningun lastimado.

"Siguen diciendo que Mme. de la Pommerais piensa entrar en un convento."

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

TE
MI
C.